

PATRICIO PRON

Nosotros caminamos en sueños



LITERATURA RANDOM HOUSE

Nosotros caminamos en sueños

PATRICIO PRON

www.megustaleerebooks.com

Nosotros –y este nosotros es todo aquel que nunca ha vivido nada semejante a lo padecido por ellos– no entendemos. No nos cabe pensarlo. En verdad no podemos imaginar cómo fue aquello. No podemos imaginar lo espantosa, lo aterradora que es la guerra; y cómo se convierte en normalidad.

SUSAN SONTAG,
Ante el dolor de los demás

Lo primero que sucedió fue que estalló una bomba a mi lado y que fue como si la tierra y el cielo se hubieran revuelto sobre sí mismos y una estuviera sobre el otro y los dos cayeran sobre mi cabeza: cuando pude volver a alzarla y miré a mi alrededor vi que todos estábamos echados sobre la turba, dispuestos aquí y allá a lo largo de una trinchera todavía imaginaria en la que nuestros cuerpos empapándose, hundiéndose en la turba, eran la única protección de la que disponíamos, y vi que uno de los que formaban parte de mi compañía, uno al que llamaban Sorgenfrei porque ese parecía ser su apellido y tenía los dientes muy separados, se había puesto de pie y miraba hacia delante, llevándose una mano a los ojos a modo de visera pese a que aún no había amanecido por completo. Una segunda bomba estalló unos metros más adelante y nos cubrió de barro y un tipo rubio que estaba a mi lado se quitó el casco y empezó a limpiarlo cuidadosamente con un pañuelo que tenía bordadas unas iniciales. Yo me quedé mirando esas iniciales, como aturdido. A continuación escuché que me gritaba: «No te preocupes: es sólo el bombardeo de las seis. En diez minutos estaremos desayunando». «¿Quién eres?», grité en su dirección, procurando que me escuchara por encima del ruido de las explosiones, que habían arreciado como si la artillería enemiga supiera que nos tenía atrapados. «¡No! ¡Dios mío! ¡No!», oí que aullaba alguien. «Morin, un gusto. Soy el responsable de intendencia del ejército: yo hubiese deseado ser general o algo así, pero desafortunadamente tengo estudios», dijo estirando una mano en mi dirección; yo iba a estrechársela cuando vi que Sorgenfrei seguía de pie buscando algo en un bolsillo de su chaqueta y me detuve. «¡Dios mío! ¡Échate al suelo!», escuché gritar a Moreira, pero Sorgenfrei, que no parecía prestar atención a sus ruegos, había encontrado por fin sus anteojos y trataba de ver a través del humo y del barro que levantaban las bombas, dando peque-

ños saltos para elevarse sobre los túmulos de turba y rocas que comenzaban a abrirse, como flores, a nuestro alrededor. «No creo que sobreviva si continúa haciendo eso», apuntó Morin guardándose el pañuelo en un bolsillo. «¡Me cago en Dios!», gritó O'Brien, que estaba detrás de nosotros agazapado en el pozo que abría en ese momento con sus manos: entonces comenzó a aullar y yo recordé que el Sargento Clemente S nos había dicho un tiempo atrás que los soldados no gritaban por miedo, sino porque sabían que los muertos no gritan y querían comprobar para sí mismos que aún estaban vivos, así que yo también comencé a aullar con todas mis fuerzas para demostrarme a mí mismo que aún estaba con vida, pero entonces O'Brien dejó de hacerlo y me dijo, levantando la cabeza: «¡Es el final!». «Así es: unos seis minutos más y habremos terminado», le respondió Morin mirando su reloj. «¡Sorgenfrei! ¡Sorgenfrei! –gritaba Moreira mientras se arrastraba por el barro en dirección a él–: ¡Te van a matar!» Sorgenfrei hizo un gesto de desdén con la mano y siguió mirando hacia delante. «No pasa nada», dijo. Una nueva explosión nos sacudió como si fuéramos cerillas en una caja medio vacía. «¡Por favor! ¡Vuelve! ¡Te lo ruego!», gritó Moreira escupiendo turba y nieve; se puso de pie y alzó los brazos en dirección a Sorgenfrei pero entonces el Sargento Clemente S lo arrojó de nuevo al suelo. «¡Sois unos imbéciles! ¡Os van a matar a ambos!», le gritó dándole dos cachetadas. «No son maneras», dijo a sus espaldas Mirabeaux y le descargó la culata de su fusil en la nuca. El Sargento Clemente S cayó de bruces al suelo; Moreira lo miró un instante mientras se acomodaba el casco sobre la cabeza y después gritó: «¡Sorgenfrei, bájate de allí! ¡Están tirando con todo!». «¡Te van a matar!», se sumó Mirabeaux, que aún llevaba agarrado el fusil del revés. Nuevamente estalló una bomba a nuestro lado y no pude comprender lo que dijo a continuación. «No insistáis. No tiene sentido», escuché que decía O'Brien a nuestras espaldas. En ese momento Sorgenfrei se giró en dirección a nosotros y nos amonestó: «No pasa nada. ¿No os dais cuenta de que no me disparan a mí?». Moreira se quedó un instante sin saber qué responder. «¡No seas imbécil! –

dijo Mirabeaux—. ¡Te van a llenar de agujeros!» «¡Mi Dios!», gritó O'Brien y luego estalló una andanada de obuses que detuvieron nuestros gritos durante un rato. En el momento en que se disipó la cortina de barro y nieve que caía sobre nosotros vi que Sorgenfrei seguía de pie y nos miraba. «¡Vuelve aquí!», le gritó Moreira una vez más: era un tipo de aspecto apacible que antes de la guerra había trabajado con su padre cultivando flores, de modo que en ningún otro sitio parecía estar tan fuera de lugar como en medio de ese bombardeo. «No pasa nada –volvió a decirle Sorgenfrei como si se dirigiera a un niño–: No me disparan a mí. Yo no les he hecho nada. No tienen nada contra mí.» «Mi Dios, qué imbécil», balbuceó O'Brien metido en su agujero. «Me habían dicho que eres ateo», escuché que decía Morin dándose la vuelta para observarlo. «Lo era hasta que llegué aquí», le respondió O'Brien, y volvió a escarbar. «¿Me podrías repetir lo que acabas de decir?», gritó El Nuevo Periodista en dirección a O'Brien, pero éste no le respondió. «¿A ti te han explicado cómo funciona esto?», escuché que le preguntaba un soldado a otro sosteniendo el fusil entre las manos. «¿Te refieres a si me han explicado cómo hacer para que funcione de verdad?», preguntó a su vez el otro. «¿Qué entiendes tú por hacerlo funcionar de verdad?», lo interrogó O'Brien, pero ya el primero estaba examinando el cañón del fusil con un ojo cerrado; cuando apretó el gatillo, el fusil se deslizó de sus manos y el soldado cayó hacia atrás con la cara destrozada: todos a su alrededor estábamos cubiertos de sangre y aterrados. «¡Nos van a matar a todos!», gritó O'Brien a continuación; su cabeza rubia era la única que permanecía cuerda en esas circunstancias. «¡No hay de qué preocuparse! –respondió Sorgenfrei en dirección al agujero en el que se escondía–. ¡Están muy lejos todavía!» «¡Dios mío! –gimió Mirabeaux clavando los dedos en la turba–. ¿Puedes agacharte, por favor?», le rogó prácticamente sin esperanzas. «No. No tienen nada conmigo», repitió Sorgenfrei un poco irritado; a su alrededor las ráfagas de ametralladora abrían surcos que él estudiaba con inocencia. «¡Nos van a matar! ¡Nunca saldremos de este puto agujero!», gritó O'Brien. «¡Haced callar a ese im-

bécill!», ordenó el Sargento Clemente S mientras se incorporaba tomándose la nuca. Quise preguntarle a Morin por qué creía que al bombardeo sólo le quedaban unos minutos, pero en ese momento el Soldado Cornudo se puso de pie y comenzó a correr en dirección a la tierra de nadie. Un soldado que no pertenecía a nuestra compañía se acercó y me preguntó: «¿Eres de los nuestros?». «¿Quiénes son los nuestros?», pregunté yo a mi turno, pero, antes de poder responderme, el soldado cayó sobre mí: al echarlo a un costado vi que me había cubierto de sangre. Entonces el mundo comenzó a dar vueltas y sentí que mis tripas se desfondaban y pensé por primera vez que todo era una puta mierda, que entre todas las putas mierdas del mundo esa guerra era sin dudas la peor. Sorgenfrei seguía paseándose encima de nuestras cabezas, poniéndose en puntas de pie para apreciar mejor las posiciones del enemigo; al ver al soldado que había caído muerto sobre mí se acercó y le dijo: «Guárdate la bala como prueba del delito: ya verás cuando llegue la policía». «¿Qué, se ven o no?», gritó el Sargento Clemente S en dirección a Sorgenfrei; cuando éste se inclinó para contestarle, una ráfaga cortó el aire a la altura de su cuello. «¡Sorgenfrei, por Dios, agáchate! —escuché que gritaba Moreira, y agregaba—: Le prometí a tu madre que te llevaría sano y salvo de vuelta a casa.» Sorgenfrei lo miró perplejo un instante y luego dijo: «No me conocen. No saben mi nombre, no saben que me llamo Sorgenfrei y no conocen a mi madre. No es contra mí contra quien disparan. Es contra todos. No tengo de qué preocuparme». Una andanada de obuses le hizo eco. O'Brien gritó: «¡Es tan imbécil que podría pasar por un héroe!». Me di la vuelta para saber si había salido de su pozo, pero no llegué a verlo porque enseguida escuché gritos donde estaba Sorgenfrei y volví a girarme y vi que Moreira se había arrastrado hasta alcanzar sus tobillos con las manos y que Mirabeaux, que a su vez tenía agarrado a Moreira de las piernas, arrastraba a ambos hacia donde nos encontrábamos. Un soldado a mi derecha comenzó a aullar de dolor. «¡Cállate!», le ordenó el Sargento Clemente S; el soldado respondió: «¡Pero si es mi única línea!» y cayó muerto. «¡Deja de ro-

bar!», dijo una voz que parecía provenir de los cielos. Entonces vi que Moreira levantaba la cabeza y miraba hacia arriba con expresión vacilante y que Mirabeaux, que llevaba el uniforme cubierto de barro y había perdido los dos botones superiores de la chaqueta, también lo hacía y que Morin, que regresaba del puesto de intendencia y comunicaciones, levantaba la cabeza y se quedaba inmóvil en su sitio y entonces yo también levanté la vista y vi lo que tanto había temido desde el momento en que la guerra había comenzado y me habían llamado a pelear en ella: el perfil de una bomba que caía perpendicularmente sobre nosotros y por un instante ocultaba el brillo pálido del sol que, por primera vez desde que habíamos llegado a las islas, iluminaba el paisaje devastado por el combate. Entonces pensé que no era el mejor día para morir, que era uno de esos días en los que hasta los cobardes como yo podían llegar a amar la vida un poco y a esforzarse por conservarla, y quise poder recordar algo de lo que yo había sido y de lo que había hecho antes de la guerra, pensar en un día semejante en el pasado y que de esa forma ambos quedaran unidos en la memoria y se compensaran mutuamente, pero no pude recordar nada. Me puse de pie y comencé a caminar en dirección a la tierra de nadie como impulsado por una fuerza irresistible y suicida, pero entonces el bombardeo se detuvo. Al empezar a regresar a nuestra posición vi que Sorgenfrei le reprochaba a Moreira, tomándose el hombro con expresión de dolor: «¡Me podrías haber lastimado!». Mirabeaux se acercó a mí y, al verme cubierto de sangre, me preguntó dónde me habían herido, pero yo le respondí que no me habían herido a mí; preguntó a quién habían herido y yo le dije que no sabía cómo se llamaba y le señalé el cuerpo y los dos lo miramos un instante sin curiosidad: todos parecíamos salidos de las tumbas en las que posiblemente íbamos a acabar de un momento a otro. A mí la cabeza me dolía terriblemente y los brazos y las piernas me temblaban, como si hubiesen absorbido las explosiones y las reprodujeran, como en un eco: a excepción de ello, no había nada que me hiciera pensar que todavía los tenía; al mirar hacia abajo me di cuenta de que estaba enterrado

hasta los tobillos en el fango: levanté una pierna y la suela de mi zapato se desprendió y quedó adherida al barro, y tuve que continuar descalzo a pesar de la humedad y del frío.

«¿Muerto? ¡Este tipo no está muerto! Verás, suelen pasarse dos o tres días sin respirar después de un susto, pero luego se levantan. Lo he visto cientos de veces», dijo Sorgenfrei a Moreira señalando uno de los cadáveres. «Nunca mis testículos habían tenido oportunidad de conocer mis amígdalas –masculló O’Brien a mi lado–; y prefieren no volver a encontrarse.» Ninguno de nosotros parecía saber qué pensar porque la guerra era algo nuevo para nosotros y al levantar la cabeza todos nos preguntábamos si era normal que una bomba colgara del cielo sin acabar de caer o si se trataba de una característica particular de esa guerra, aunque esto era obviamente una exageración porque la guerra había empezado unos diez días antes y no podía decirse que algo fuera característico de ella excepto que, a diferencia de todas las guerras que habíamos visto en la televisión, en esta había nieve, nieve fría y de aspecto sucio que se las arreglaba para meterse dentro de tu uniforme, no importaba cuánto hicieras para evitarlo. Ésa era una de las dos características de la guerra que habíamos aprendido a reconocer: la otra, por cierto, es que no había enemigo. No teníamos ni idea de contra quién peleábamos ni de dónde estaba. «No es que queramos saberlo todo –le había dicho Moreira al Sargento Clemente S poco después de que éste nos hubiera anunciado que iríamos a las islas–, pero por lo menos nos gustaría saber dónde se encuentran y contra quién vamos a pelear.» Estábamos en una nave industrial que había sido acondicionada como aula para que allí se nos instruyera acerca de cosas que ninguno de nosotros deseaba en el fondo aprender salvo que nos pusieran una pistola en la cabeza, que era lo que en cierta forma sucedía. El Sargento Clemente S desplegó el planisferio que se encontraba detrás de su pupitre y comenzó a mirarlo, luego señaló tres puntos en tres sitios diferentes sobre la línea del Ecuador.

«Están por aquí, en alguno de estos tres puntos –balbuceó. Se acercó aún más al mapa y deletreó con dificultad un nombre–. Es aquí», dijo señalando un punto en el mapa con la fusta: siempre llevaba consigo una fusta pese a no ser oficial de caballería; quizá era algo que había visto en las películas de guerra. Su seguridad en lo que decía no parecía ser muy grande, pero, para fingir que lo era, el Sargento Clemente S golpeó el mapa con todas sus fuerzas valiéndose de la vara. Sorgenfrei levantó la mano y dijo: «Señor, ésas son las Maldivas», pero el Sargento Clemente S le gritó que eso no tenía ninguna importancia, dio un paso hacia delante y al hacerlo su pie quedó encajado en la papelera que se encontraba junto a su pupitre. Mientras intentaba zafarse, Sorgenfrei insistió: «Señor, por lo menos díganos qué tenemos que llevar: mi madre me ha tejido una bufanda y le gustaría mucho que la usara donde vayamos». El Sargento Clemente S quitó su pie de la papelera y en ese momento la parte superior de la pizarra cayó sobre los dedos de su mano derecha; contuvo un insulto y nos gritó: «¡No estáis aquí para preguntar sino para obedecer! ¡La ubicación de las islas es un secreto militar! ¡Ni siquiera nuestro amado presidente sabe dónde se encuentran!». «Bueno, él no tiene que ir pero nosotros sí», intervino O'Brien. El Sargento se le quedó mirando fijamente, procurando contener su ira. «¿Qué es lo que ha dicho, O'Connor?», tronó finalmente. «No me llamo así, señor», respondió el otro. «En ese caso, ¿cómo se llama?», insistió el Sargento. «¿A qué llama llamar, señor?», terció Sorgenfrei. «Me llamo O'Brien, señor», dijo O'Brien. «Muy bien, O'Connor: tomaré nota de su actitud, O'Connor», respondió el Sargento. «Me pregunto si es idiota o sólo lo finge para hacer carrera en el ejército», me susurró Mirabeaux, pero luego comprendimos que el Sargento Clemente S tenía razón y que la ubicación de las islas era un secreto muy bien guardado, tan bien guardado que el barco que nos llevaba a ellas para tomar parte en la invasión –«Una magnífica demostración del interés de nuestro país por la arqueología marítima», lo había llamado O'Brien con escepticismo antes de embarcar– estuvo nueve días dando vueltas por el mar sin encontrarlas

nunca; durante ese tiempo nos tropezamos con lo que creímos que era una flota enemiga, aunque resultó ser sólo un puñado de barcas de pescadores de atún: los pescadores consiguieron hundir dos de nuestros buques tirándonos piedras antes de que los hundiésemos a ellos; también pasamos unas once veces frente a una playa donde unos lobos marinos se apareaban y Sorgenfrei trabajó amistad con un ejemplar que lo seguía a todas partes: cada vez que tocábamos tierra se apresuraba a correr hacia su lobo marino, con el que se fundía en un abrazo del que tuvimos que rescatarlo un par de veces amenazando al animal con palos. No hubiésemos llegado nunca a las islas si San Pantaleón, nuestro presidente, no hubiera ordenado la división de las aguas que se encontraban entre el continente y las islas, asombrando al mundo con su dominio de un elemento que, como todos sabían, le era prácticamente desconocido: gracias a esa división pudimos llegar a las islas en un par de horas de caminata; como no estaba dispuesto a abandonarlo, pero tampoco a someterlo al esfuerzo de la marcha, Sorgenfrei vació su mochila de todos los implementos militares y metió en ella a su mascota con la ayuda de Moreira y de El Nuevo Periodista, que creía que la de la amistad entre el soldado y el lobo marino podía ser una de esas historias que elevan la moral de guerra entre la población civil durante un conflicto bélico. Sin embargo, el Sargento Clemente S acabó descubriendo al polizón cuando, al pedirle a Sorgenfrei que extrajera un mapa de su mochila, éste sacó un pescado. El Sargento ordenó al lobo marino que saliera de allí y el animal lo mordió en la mejilla y orinó en sus zapatos antes de comenzar a arrastrarse de regreso al continente llevando la mochila enganchada a su aleta trasera. Pensé que a mí no me hubiera disgustado acompañarlo, y que no era el único que debía de estar pensando algo así, pero más tarde descubrí que los otros no se atrevían siquiera a pensarlo, excepto O'Brien quizá, que rompió a llorar al contemplar por primera vez el paisaje gris de las islas, una esponja sucia de turba y nieve que se rompía de cuando en cuando en matas de pasto marrón: podrían haberle llegado al Sargento Clemente S a la cintura si hubiese tenido una. «Mal sitio

para morir», murmuré yo sin referirme a nada en particular, pero Mirabeaux me recordó con perspicacia que los muertos nunca eligen dónde mueren.

Durante la marcha hacia las islas el Sargento Clemente S nos contó que la noticia de la invasión había sido recibida con vítores por una multitud reunida frente al palacio presidencial, pero Mirabeaux dijo que se preguntaba si la gente no celebraba que nuestro presidente hubiese decidido matar a personas de otros países y no del suyo propio: como nos aburríamos, habíamos comenzado a contarnos unos a otros por qué estábamos allí y Mirabeaux había detallado todos los venenos que había tomado, las inyecciones que se había dado y todo el dinero que había invertido para librarse de ir a las islas, sin conseguirlo: «Me he metido veneno para ratas, he fumado bosta de caballo, he comido pan con vidrio triturado, me he inyectado salsa de tomate, y no me ha pasado nada», se lamentaba. Sorgenfrei le respondió: «Tendrías que haberte inyectado petróleo en un brazo: un primo mío tuvo tanta suerte que se lo cortaron hasta el hombro después de hacerlo». Un capellán militar que nos acompañaba volvió a desmayarse al oír aquello; era la segunda vez que perdía el conocimiento, y tuvimos que tomarlo por las axilas y continuar cargando con él durante un trecho. Uno de los soldados de nuestra compañía nos dijo que era sordo. «¿Cómo?», le pregunté yo, perplejo. «Que soy sordo. ¿No ves que no oigo nada? No deberían haberme llamado a filas», decía como para sí mientras se alejaba. «Cuando me dijeron que el país necesitaba a sus mejores hombres no lo dudé: me puse un vestido de mi madre y les deseé buena suerte», dijo otro, y entonces el Soldado Cornudo, que era mayor que nosotros y siempre parecía a punto de romper a llorar, nos contó que acababa de convencer a los funcionarios del reclutamiento de que era demasiado viejo para ir a las islas cuando su esposa entró a su carnicería y les ordenó que se lo llevaran. «“Mi mujer desvaría”, respondí yo, “sabe que tengo un problema cardíaco”, pero ella dijo: “Es mentira” –contó el Soldado Cornudo–, y agregó, delante

de todos: "Es fuerte como un toro. Él mismo levanta las medias reses sin esfuerzo, come como un caballo y hace el amor como un gorrión". ¿Podéis creerlo? Frente a todos los clientes, a todos los clientes a los que yo atendía todos los días, dijo eso, y añadió: "En la cama no es ni la mitad de un hombre, así que cuando lo revienten de un tiro seré la mitad de una viuda".» Los funcionarios del reclutamiento se miraron uno al otro a la espera de que alguno de los dos diese el primer paso y a continuación comenzaron a arrastrarlo hacia la puerta, pero el Soldado Cornudo llegó a ver que su mujer le guiñaba un ojo a uno de sus clientes más antiguos mientras lo arrastraban. «Unos días antes de aquello –continuó el Soldado Cornudo–, mi mujer había cerrado por error la cámara frigorífica mientras yo me encontraba dentro y no había muerto gracias a mi hijo mayor, el de mi primer matrimonio, que me había rescatado un par de horas después. Así que se puede decir que estoy aquí por haberme casado con una mujer torpe.» Nos quedamos pensando un momento y luego El Nuevo Periodista dijo lo que todos pensábamos. «En realidad, usted está aquí por haberse casado con una mujer demasiado lista», dijo. El Soldado Cornudo lo miró sin comprender. «Que tu mujer te pone cuernos», le dijo entonces Sorgenfrei como si le hiciera un favor y el Soldado Cornudo lo entendió todo: se echó al suelo y comenzó a llorar. «Una de las tantas cargas que un hombre debe soportar para cumplir con su deber de darle soldados a la Patria», dijo el Sargento Clemente S, que pasaba por allí tratando de calzarse un guante en el pie. Nadie le hizo caso y Moreira intentó consolar al Soldado Cornudo: «Estas cosas han sucedido siempre; incluso les han pasado a grandes hombres, a reyes y a generales», le dijo. «Claro que precisamente tú no eres ni un rey ni un general –agregó Sorgenfrei con aire distraído–, sino un carnicero, un gordo al que su mujer le pone cuernos con un viejo.» El Soldado Cornudo se puso a gimotear y a hipar, lo que nos dio mucha pena a todos, y comenzó a repetir: «¡No soy más que un pobre cornudo! ¡Moriré de hambre aquí mientras mi mujer engorda al viejo!». «Quizá te maten antes de que llegues a tener realmente hambre», le respondió Sor-

genfrei, pasándole la mano por el cabello, aunque no debería haber dicho eso porque entonces el Soldado Cornudo se volvió loco, tan loco como sólo puede estarlo alguien que durante años se ha dedicado sacrificada y pacientemente a volverse loco y a perder la cabeza de todas las formas posibles y un día tiene la oportunidad de hacerlo. Nosotros lo rodeamos mientras continuábamos la marcha y Mirabeaux nos dijo que él se había alistado de forma voluntaria después de completar un test vocacional cuyo resultado era que reunía las características personales para destacar en el ejército. «Ponía: “Violento, agresivo, inútil, torpe, desafecto, irritable”», nos dijo, como si todavía tuviese aquel test entre las manos. Whitelocke, que era otro de los soldados de nuestra compañía, nos contó que, por el contrario, él había sido reclutado forzosamente porque, como todo el mundo parecía estar en la cárcel o ser sospechoso de algo en aquellos días, y como él no tenía ningún familiar preso y carecía de ideas políticas, e incluso le habían dicho en una comisaría en la que se había presentado espontáneamente que él no era «en absoluto» sospechoso, había acogido en su casa a un grupo de activistas que se reunían a hablar de cómo derrocar al régimen, al que su padre, que también era un disidente, había acabado denunciando a la policía porque sus conversaciones no le permitían escribir para derrocar al régimen con sus libros: de hecho, nos había dicho Whitelocke, su padre dirigía una revista literaria profundamente opositora, aunque él no sabía a qué se oponía exactamente la publicación; según Whitelocke, su padre recibía un subsidio del Estado porque supuestamente estaba loco y una vez le había ordenado que se volviera loco él también si quería tener algo de dinero para sus gastos. Ninguno de nosotros alcanzó a comprender si hablaba en serio, y otro de los soldados, que decía llamarse Zinovy Rozhestvensky y haber sido camarero, nos dijo que a él lo habían reclutado a la fuerza porque tenía un retrato del presidente en el bar en el que trabajaba y al retrato le habían cagado encima las moscas. «¡Y yo quiero a nuestro presidente!», se quejó. «¡Deja de robar!», gritó una voz a nuestras espaldas, pero entonces el Sargento Clemente S nos ordenó detener-